


NOCHE DE GLORIA

Interpretada por la genial artista
ELAINE HAMMERSTEIN



LAS JOYAS DE LA PANTALLA •••

BIBLIOTECA
CINEMATOGRAFICA

Redacción y Administración: 
Mora de Ebro, 141. - BARCELONA



LAS JOYAS DE LA PANTALLA

Noche de Gloria

Versión literaria de la hermosísima comedia cinematográfica de sociedad, de igual título, creación de la bellísima estrella

ELAINE HAMMERSTEIN

y del simpático artista

ALBERT ROSCOE

• • •

Exclusiva: **MODESTO PASCÓ**

Rambla de Cataluña, 62. - BARCELONA

• • •

BIBLIOTECA CINEMATOGRAFICA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MORA DE EBRO, NÚM. 141 -- BARCELONA

NOCHE DE GLORIA

I

Los sueños de Magda

Es domingo y la ciudad entera, sin distinción de clases, va a respirar en la playa, frente a la inquieta extensión del mar. El aspecto que ofrece a los ojos cansados por el trabajo es verdaderamente admirable, parece la gran playa, modesto paraíso de expansión, un hormiguero humano ávido de las caricias del sol,

En un rincón, algo apartados de los demás, una pareja respira el airecillo suave que juguetea con sus cabellos. El rostro de ella se ve velado por el velo de tristeza, que

oprime su alma. Magda Stevens es víctima de su temperamento, Dotada de un espíritu exquisito y refinado, capaz de amar todo lo que la vida ofrece de bello, se ve condenada a vegetar modestamente en su posición de «señorita de almacén», y la ambición pone sombras en su alma.

Su compañero, Enrique Lane, a quien su título de ingeniero no le ha servido todavía para conquistar fortuna, ama a Magda apasionadamente, con un amor que está más en las miradas y en los uensamientos que en las palabras, y su sueño dorado es hacer de ella la dueña y señora de su hogar.

—Ya está hecho el cálculo, Magda. Mi aumento de sueldo nos permite vivir con alguna holgura, y por lo tanto, podemos casarnos cuándo quieras — dice Enrique amorosamente mostrándole el papel en donde había trazado los cálculos, con relativa alegría.

—Me gustaría ver las cosas con tu optimismo, Enrique, pero desgraciadamente no puedo. Con nuestros escasísimos recursos no hay más que para dorar un poco la miseria...

Las palabras dichas de labios de la mujer que ama apasionadamente lo precipitan en el lóbrego abismo de la tristeza sus manos febriles rasgan el papel blanco que todavía reposa en sus manos. El llanto de un niño distrae la imaginación de Magda, y con voz amarga descubre sus repentinos pensamientos...

—¡Luego vendrían los hijos!... ¡y piensa un poco en las agradables perspectivas de nuestro matrimonio!

Y mostrándole un espléndido yacht que dulcemente se balancea en las ondas y en cuya cubierta alegres parejas disfrutan del loco danzar moderno, exclama ilusionada:

—¡Esa vida es la que a mi me gusta, Enrique!

—Quizás no son tan dichosos como crees. Hay quien opina que el dinero no da la felicidad... Pero dejemos esto y vayamos a dar una vuelta a los «Urales».

Para muchos, el roce con las multitudes domingueras es el principal encanto de los días de fiesta; para la fina sensibilidad de Magda, ese roce es un suplicio. Su rostro se contrae en una mueca de disgusto a cada empujón recibido, sus pies doloridos por los pisotones se ven precisados a subir más deprisa, de lo que quisiera, las escaleras que conducen a la parada de la vagoneta vertiginosa, semejante a un proyectil lanzado en aquel torbellino de subidas y bajadas salpicado de curvas y sorpresas.

—¡Cuidado con los sombreros!... ¡El que pierda a la novia que no se apure que hay muchas mujeres sobrantes en el mundo! — grita burlón el empleado dando la señal de marcha.

Todos los pasajeros se acomodan bien preparándose para las emociones que van a recibir. Magda y Enrique también se hallan en

aquella vagoneta que va a ser frágil instrumento de la fatalidad.

Los accidentes más mínimos son utilizados por el Destino para sus trágicas travesuras... Ajenos a lo que se avecina sonríen de placer...

—¡Es la primera vez que hoy te veo sonreír, Magda.

—¡Es quizás la alegría de ascender... ¡Oh, si pudiésemos subir siempre más arriba... más arriba!...

* * *

Y el Destino espiando siempre el momento para dejar sentir su garra felina aprovecha la avería de los rielles precipitando al mar la vertiginosa vagoneta, desde una altura considerable.

Los alegres jóvenes del yacht que habían presenciado el accidente fueron en auxilio de Magda y Enrique, llevándolos en una canoa hasta el yacht. El dueño del yacht recogiendo a la joven, murmuró:

—¡No está herida. Proporcionadle vestidos secos y con una taza de te se repondrá completamente.

Luego examinando al infeliz ingeniero que yacía tendido en la canoa, dijo:

—Ese hombre, en cambio, necesita los cui-

dados de un médico. Llévelo usted a un dispensario y vuelva, luego a buscar a la señorita.

Y durante una hora, que a ella le pareció un minuto, gustó Magda los encantos de aquella vida con que siempre había soñado.

Miguel Chester, el propietario del yacht es una de esas plantas de frivolidad que da



... y mientras la niña mimada se hace la «toilette» ...

el gran mundo. Su carrera de abogado le permite ganar lo bastante para comprarse cigarrillos, y su mamá paga todo lo demás.

Sentados en una mesita de té Magda, en compañía de Miguel Chester, saboreaba una taza de té y fijando sus hermosos ojos en una canoa que rápida avanzaba, expresó:

—Yo no puedo seguir aquí mientras el amigo que me acompañaba está quizás gravemente herido,

—No se preocupe por él; está en muy buenas manos. Sólo tiene una pequeña herida en la cabeza.

Y cumpliendo fielmente con su deber pocos momentos después Magda se despedía de sus nuevos amigos dándoles las más expresiva gracias. En el alma fácilmente impresionable de Miguel dejó sus huellas la hermosura de Magda, imprimiendo en su rostro una seriedad desacostumbrada.

—Vamos, Miguel, ¿vas a enamorarte como un cadete, de la primera mujer que has salvado de las aguas? — murmuró a su oído una de sus amigas...

II

La fiesta de Fanny

La excelente señora Clark se sentía orgullosa de tener como huéspedes en su casa a Magda Stevens, señorita de almacén, y a

Enrique Lane, ingeniero de brillante porvenir.

En la habitación del ingeniero sostenían amargo diálogo Enrique y la señora Clark...

—...Después no sé lo qué ocurrió. Cuando recobré los sentidos estaba en un dispensario, donde me dieron la noticia de que Magda había salido ilesa del accidente.

—Alégrese usted Enrique, Magda acaba de telefonar; dice que viene en seguida.

Magda ataviada elegantemente con las ropas prestadas de aquellas señoritas elegantes y de la alta sociedad, entró en el cuarto de su amigo que ansioso la esperaba.

Después de cambiarse un amable saludo y preguntarse el estado de salud de cada cual Enrique fijándose en la «toilette» que llevaba Magda, preguntó si era ella su dueña...

—Desgraciadamente estas ropas no son mías... Mañana he de devolverlas...

Y explicó su visita al hermoso yacht que en la playa había le mostrada...

—¡Oh, si vieras el mundo que se ha descubierto a mis ojos!... Música... bailes... un hermosísimo yacht... todas esas cosas con que he soñado tantas veces!...

Como única contestación el ingeniero ofreció a Magda una carta abierta que reposaba en la mesita de noche... Magda pasó su vista por las líneas, que decían:

Mi querido hermano: Acabo de comprar, en muy buenas condiciones, una explotación petrolífera hoy abandonada, pero que, según

Los informes que he recogido, ofrece grandes perspectivas de extracción. Ven sin pérdida de tiempo. En tu calidad de ingeniero necesito tu concurso. No desperdicies esta ocasión de hacer fortuna, pues seguramente no volverá a presentarse otra tan favorable.

Un abrazo de tu hermano

CARLOS

—¿Por qué me enseñas esto con aire de triunfo? ¿Es qué piensas lanzarte a una empresa tan aventurada?

Al preguntar la bondadosa señora Clark de qué se trataba Magda le ofreció la carta...

—Creo que Magda tiene razón, Enrique. Nosotros los pobres no tenemos así, la fortuna, tan al alcance de la mano—comentó la incondicional amiga de los jóvenes...

Una de tantas casas de modas de las grandes ciudades, donde unas señoritas venden lindas cosas que no pueden poseer y soportan estoicamente las impertinencias de la «distinguida» cliente. La era en donde estaba empleada la soñadora Magda, mostrando con su eterna tristeza hermosos vestido y abrigos a una remilgada dama de no muy buen humor... Y, mientras que las vendedoras agotan paciencia y buenas razones, los modelos exhiben sus movimientos de pavos reales. Y al fin después de muchas molestias y

vanas palabras, la dama a quien Magda servía se despidió sin hacer ningún gasto.

—Esa cacatúa no viene aquí más que a mirar lo que no se lleva para decirse lo, sin duda, a su modista — le dijo a Magda una compañera del trabajo.

Mientras se entretenía en guardar todo lo



La bondadosa señora comprendió y no dijo nada...

que había presentado a la figurada cliente, se le acercó el modista, ordenándole:

—Después de cerrar hará usted el favor de ir a enseñar algunos de los últimos modelos a casa de los Graham, La señorita Fanny da, hoy, una fiesta, y quiere lucir algo nuevo,

La fiesta de Fanny Graham era uno de los más brillantes acontecimientos de la temporada estival.

Fanny Graham creció en medio del lujo, viendo satisfechos al instante hasta sus menores caprichos; y esto en vez de suavizar sus naturales asperezas, hizo su carácter más violento, más autoritario, como si todo el mundo tuviese obligación de doblegarse ante ella.

Y mientras la niña mimada se hace la «toilette» repartiendo órdenes y gritos, entra en su habitación la madre, la bondadosa Matilde Graham, que vive pendiente de los gestos más insignificantes de su hija.

—¿Crees qué es correcto dejar olvidados de este modo a los invitados? — pregunta dulcemente.

—¡Me importan poco los invitados! Esta noche quiero obligar a Miguel Chester a que me pida en matrimonio, y no voy a presentarme ante él como un espantajo.

—Vea usted ahora el vestido señorita... así en otro cuerpo podrá apreciarlo mejor... — habla Magda luciendo el vestido rechazado por Fanny.

Pero después de lanzar una última ojeada a la caprichosa joven comprende que no es lo que ella ambicionaba y lo detesta.

—Si quiere usted escuchar mi opinión, el vestido negro que se probó usted antes le sienta a maravilla, señorita Graham,

Convencida por las palabras enérgicas de

Magda, Fanny baja al salón luciendo el vestido negro, y llevando tras sí la mirada de Magda que por la rendija de la puerta contempla embelesada la fiesta.

En esa actitud la sorprende la señora Graham y ella para disculparse, pronuncia bajito:

—Como está tan hermoso el salón... Creí que no ofendería a nadie echando una mirada...

La bondadosa señora comprendió y no dijo nada, disponiéndose a bajar en busca de su hija, pero al intentar dar un paso le falla el bastón en donde se apoya... y dirigiéndose a ella, pregunta:

—Mi reuma está hoy peor que nunca... ¿Quiere usted ayudarme a bajar la escalera?

La casualidad, otra vez, siempre dispuesta a enredar las vidas hizo que al entrar en el salón Miguel Chester viera a mitad de la escalera a Magda elegantemente vestida, y corrió en su busca haciéndola bailar con él...

—Por favor, déjeme usted marchar!... ¡Yo no tengo derecho a estar aquí!

—Siento mucho haberla puesto en una situación violenta, señorita, pero su compañía me es demasiado agradable para perderla... Nada, no la dejo marchar.

Terminado el baile Magda y Miguel huieron al jardín sentándose en un banco... Magda viendo avanzar la figura de la in-

quieta, Fanny procura escapar del Iío y pidió a su compañero:

—¿Quiere usted hacerme el favor de traerme un vaso de agua?

Soícito accedió Miguel y entonces Magda huyó recogiendo en la habitación las cajas con los vestidos y escapando por el jardín.

Al regresar Miguel con el vaso de agua pregunta a Fanny que erguida ante él le corta el paso.

—¿A dónde se ha ido?

—Miguel ¿no sabe usted quién es esa joven?... ¡Una vendedora de una casa de modas... una vulgar modistilla!

—¿Y a mi qué? ¡Me tiene sin cuidado su profesión!

Los ojos, escudriñaron el jardín divisoando a lo lejos la figura atrayente de Magda y corrió en su persecución...

III

¿Nace el amor?...

Al correr de los días, Miguel, experto en lides amorosas, fué descriendo poco a poco para Magda el velo que encubría aquella vida ligera que ella tanto ambicionaba conocer.

—Usted ha nacido para brillar, Magda, para poseer todas esas lindas bagatelas que hacen la vida amable y atrayente... — decíale un día sentados en una mesita de un lujoso restaurant—. Yo quiero que usted salga de esa obscuridad que la rodea... quiero que conozca el lujo, que viva, en fin, como tiene derecho a vivir.

Magda lo escuchaba ilusionada sentía una simpatía que la arrastraba hacia él... ¿Era el amor que nacía?...

Instalados en el cómodo y lujoso «coche» de Miguel, éste acariciando sus hermosas manos, pregunta anhelante:...

—Magda... ¿quiere usted ser mi esposa? Inútil fué todo esfuerzo, las palabras se negaban a salir de sus labios, Magda sentíase

dichosa, ¡Conocería el Jujo!

Llegó el auto a su casa; Magda y Miguel descendieron de él y ya en el portal, Miguel insistió de nuevo.

—Dígame que sí... No me marcharé hasta que me haya dado su respuesta.

Magda fué vencida, en vez de palabras empleó miradas que fueron mucho más elocuentes... y las dos bocas uniéronse jurándose amor en un beso lento, y deseado.

—¡Magda, acabas de hacerme el más dichoso de los hombres!

En que, el hombre que ama de corazón a Magda contempla tras los cristales de la puerta la escena, y sintiendo que los celos hacen presa en su alma, pregunta algo alterado a la joven, que alegre sube las escaleras que conducen a su habitación, qué es lo que ha pasado.

—¿Os amáis?...

—Es verdad... Me ha pedido que sea su esposa.

Comprendiendo que por la imaginación del ingeniero pasa el rayo de la venganza, Magda murmura:

—No te incomodes Enrique, te lo suplico... Tú sabes que soy ambiciosa, todas las cosas que he deseado siempre ese hombre las pone al alcance de mi mano.

—¡Bah, déjate de palabras! ¡Dí, mejor que te casas con ese hombre, porque te compra con su dinero!...

Y asomando a sus ojos la amargura y el desprecio pronuncia con voz ronca:

—¡Me iré a Texas a luchar solo, sin un aliciente, sin un pensamiento amable! ¡Tú ve a reunirme con el hombre que ha elegido tu ambición!..

* * *

Una semana después Magda había visto realizarse su sueño... Hallábase ahora en la magnífica morada de los Chester acompañada del que ya era su marido.

Leonor Chester, la madre de Miguel es una mujer orgullosa hasta la ridiculez, a quién nunca le había pasado por la imaginación que su hijo pudiera casarse con una «vulgar modistilla».

—¿No pensarás que me alegro de este matrimonio, Miguel, no es verdad? Pero si es tu felicidad lo que has ido buscando, nada tengo que decir.

Miguel abraza a su madre reconocido, por la benevolencia que le demuestra...

—Lo mejor es que vayáis a pasar la luna de miel en Europa, Un año en el extranjero puede dar a tu esposa las maneras que necesita para alternar con las gentes de nuestro mundo.

Las palabras pronunciadas con acento se-

co claváronse como dardos en el sensible espíritu de Magda, Miguel que ha comprendido el sufrimiento de la que ya es su mujercita la tranquiliza...

—No hagas caso, querida... Mamá no te quiere mal; es sencillamente que está ofendida porque me casé sin consultarla. — y cambió amoroso la conversación.

—¡Ya verás que viaje tan estupendo vamos ha hacer!.. ¡Londres, París, Monte-Carlo, Niza!..

* * *

Al cabo de un año allá en Texas, Enrique Lane y su hermano empezaban a tocar los frutos de un lento y penoso trabajo. Al fin el petróleo largo tiempo buscado salió a flor de tierra.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí el petróleo!... ¡Somos ricos, Enrique... inmensamente ricos!

Los dos hermanos que habían trabajado con todo el poder de sus fuerzas recibían la recompensa del sacrificio. El ingeniero había triunfado!

* * *

Terminó el viaje de novios — deslumbrador como un panorama de ensueño — y desde



—¡Por favor déjeme usted marchar!..

hace un mes, Magda conoce a que sabe la tiranía de una suegra como la suya.

En el salón hallábanse de visita la familia Graham,

—¿No saben ustedes la noticia? Aurora Lamson ha tenido un bebé — dice Fanny.

—¡Oh qué cosa tan dulce, ¡verdad?—replika la madre de la joven.

—¿Dulce? ¡Amarga! ¡Amarguísima! ¡Figúrese usted que la madre de Aurora es ya abuela y tendrá mi edad aproximadamente! —ataja la altiva señora Chester—. Yo espero que mi hijo sabrá librarme de la horrible molestia de soportar chiquillos en mi casa, y hacerme abuela a los cuarenta años!

Magda entra en aquel momento oyendo las últimas palabras y saludando amable replica:

—¡Mamá no es posible que tenga usted ideas tan equivocadas!

—¡Joven, tengo edad y conocimiento suficientes para saber el valor de cada una de las palabras que pronuncio.

Otra vez sintió Magda que la sangre le aflucía al rostro. De humillación en humillación pasaba la vida tan soñada por ella.

—Mamá no olvides que estamos invitadas a comer con los Morgan y todavía tenemos que vestirnos! —habla Fanny para desbaratar aquella situación embarazosa.

Ya solos otra vez, la altiva suegra preguntó a Magda:

—Confío que, como siempre, estaremos de acuerdo, ¿no es así?

—Yo estoy de acuerdo con usted en todo, mamá, pero en esto no. Para mí los hijos son la alegría y la felicidad del matrimonio.

—Mientras estés aquí, bajo el techo de mi casa, quiero que en todo; absolutamente en todo, sustentas las mismas opiniones que yo.

—Entonces, mamá, siento decirle que no puedo seguir en su casa,

—¡Verdaderamente es descarada esta *mo-distilla!* ¡Ya veremos a dónde la lleva tanto desparpajo!

Miguel contemplaba aquella escena verdaderamente disgustado.



Magda lo escuchaba ilusionada...

—Perdóname Miguel, pero yo no puedo estar aquí ni un minuto más!

Y desapareció del salón resuelta a no volver a entrar en él.

—Mamá acabas de ponerme con tu intolerancia en la más crítica de las situaciones.

nes. ¡Yo, obligado a mantener a mi esposa, a sostener una casa!...

—¡Cuando tu mujer se humille ante mí y me pida excusas por su altanería, se volverán a abrir las puertas de esta casa. Antes, no.

—Pierde cuidado mamá que a esa fiercecilla la volveré, yo, mansa como un cordero.

Y salió en busca de su mujer, dignamente irritada...

IV

El desengaño

Había transcurrido un mes desde los últimos acontecimientos. Magda y Miguel se hallaban comiendo...

—Pásame la mantequilla, ¿quieres — pregunta a su esposo.

Pero Miguel tiene ocupaciones más interesantes que la de atender a su esposa y no hace caso. Después con gesto agrio le da una factura recientemente recibida.

Magda lee:

Don Miguel Chester	DEBE:
Cuentas atrasadas	100'— dólares.
Café y restaurant	262'50 »
Telegramas	2'80 »
<hr/>	
TOTAL	365'30 dólares.

—Bien. Y tú crees que esto puede durar eternamente? — pregunta Miguel a su esposa.

—¿Qué puedo creer, cuando veo que tus ganancias como abogado no bastan a pagar tus gastos del Club?

—¿Qué me quieres decir con eso? Si nos encontramos en mala situación ¿es acaso por mi culpa?

Magda calló, no sabía qué responder. Miguel viendo su silencio se atrevió a decir:

—¡Tú tienes la culpa, tú sola por haber enojado a mamá por una estupidez!—y modificando el tono de su voz... — Todavía la cosa tiene remedio. Vamos a ver a mamá y pídele perdón.

Magda callaba.

—¿No contestas?

—Miguel... es que... es que voy a ser madre, y no quisiera que mi hijo viniese al mundo en un hogar en donde se le odia desde antes de nacer.

Al comprender Miguel que era ya imposible lo que intentaba se encolerizó,

—¡Ya estoy cansado de sacrificios! ¡Puesto que tú te encierras en tu orgullo, ahí te quedas! —Yo me voy para no volver más!

* * *

Abandonada Magda y descendiendo rápidamente por la pendiente de la desgracia, empezó a expiar su pecado de ambición.

Y al mismo tiempo que ella vagaba por las calles Enrique hablaba con la antigua ama de casa.

—Mi aventura en Texas ha tenido éxito... mucho más éxito del que yo esperaba. Ahora soy muy rico,

—Llega usted a tiempo, Enrique... La pobre Magda... está en la sala de Maternidad del Hospital Provincial. De ese modo sufre la infeliz las consecuencias de un matrimonio odioso...

Enrique no daba su brazo a torcer: permanecía impasible.

—Piense usted Enrique, que esa desgraciada carece en absoluto de recursos... y por el bien de su hijo Magda ha consentido sacrificarse en su egoísmo maternal, y así

el niño será adoptado desde su nacimiento.

—¿Y quién se cuidará de ese niño? — pregunta Enrique.

—No lo sé. Lo único cierto es que el Hospital garantiza que caerá en buenas manos. Si fuese usted el que lo adoptase, Enrique...

Y a la mañana siguiente en el Hospital



—Miguel... es que... voy a ser madre.

había nacido otro bebé, era una hermosísima niñita hija de la pobre Magda.

—Yo quisiera al menos, ver una sola vez a mi hija—pidió.

—Sí, Magda, van a traerla para que usted la vea — contestó la buena señora y antigua amiga.

Y la madre sintió el infinito goce de sentir en sus brazos el dulce peso del hijo.

—No; no quiero que se lleven ustedes a mi niña!... ¡Es mía... mía!

La enfermera cogió de brazos de la madre el angelito.

—¡Devuélveme a mi hija!... ¡Yo no sabía... no podía saber que a un hijo se le quisiera tanto!

—Su hija, no sabrá nunca lo gigantesco del sacrificio que usted ha hecho por ella, Magda, pero estará siempre al abrigo de la necesidad...

En un hogar confortable, en el que sólo faltaban las risas de una mujer, vivía saboreando la riqueza como un sibarita, Enrique Lane. Sentado frente a la gran chimenea en donde ardía gruesos maderos el ingeniero meditaba algo grave, pues no oyó los pasos de la «nurse» que entraba trayendo en brazos a la niña adoptada.

—¡Bien, bien; cuide usted de la niña, procure que no le falte nada... pero yo no quiero verla! — protestaba.

Pero la «nurse» no estaba dispuesta a retirarse sin haber logrado lo que deseaba y depositó en brazos de Enrique a la niña. Y a pesar suyo, sintió Enrique que la ternura invadía su corazón ante aquella criaturita, carne de la mujer que tanto había amado, que seguía amando todavía...

* * *

Algunos días después el Metropolitano Club contaba con un nuevo miembro: Enrique Lane.



... no tuvo fuerzas para resistir más y cayó sobre la nieve.

Me ha dicho que Miguel Chester es socio de este Club. ¿Está aquí ahora? Me interesaría hablarle...

Y Miguel fué presentado a Enrique Lane.
—¿De modo que es usted Enrique Lane el rico propietario de los yacimientos de Texas?
—preguntó Miguel.

Enrique hizo una inclinación de cabeza y derecho a lo que deseaba habla:

—Necesito un abogado que me esclarezca cierto punto de derecho... ¿Tendrá usted inconveniente en venir a mi casa esta noche?...

V

Justicia en noche de gloria

Y aquella noche en casa del rico Lane hallábanse platicando amablemente los dos rivales en amor.

—No necesito ver los documentos para asegurarle que el niño es legalmente suyo... Ni su mismo padre podría quitárselo — dícale Miguel al ingeniero,

En aquel momento entraba la «nurse» con la niña.

Enrique la cogió en sus brazos acariciándola. ¿Fue el instinto, el amor de padre que despertó en él? Miguel se acercó a la niña y tomándola en sus brazos la colmó de caricias...

Cuatro años han transcurrido y la Nochebuena, noche de gloria, pone nieve en las calles y alegría ingénuo en los corazones.

Demasiado orgullosa para solicitar ayuda del hombre que la abandonó, hace tiempo

que Magda arrastra su miseria, como una cruz,

Y mientras la madre recorre las calles solicitando limosnas Enrique Lane y Miguel Chester contemplan la alegría de la niña que candorosa exclama:

—¿Y yo oíré venir al padre Noel?

Y la oración de la niña conmueve el corazón del ignorado padre.

—¡Dios mío, bendice a papá, a mamá y al tío Miguel!

Al bajar los dos amigos a la sala Miguel contemplando el árbol, expone:

—Enrique. ¿No le parece a usted que haría bien un ángel en lo alto del árbol?

—Es verdad tiene usted razón... Voy aver si encuentro todavía alguna tienda abierta.

—Si no le es molesto, déjeme usted en el Club, cuando me vaya a casa pasaré por aquí para desearle una feliz Navidad.

Magda venciendo su repugnancia se acercó a un señor...

—¡Por favor... ayúdeme usted!... ¡Tengo hambre!

Y al recibir la áspera negativa Magda no tuvo fuerzas para resistir mas y cayó desvanecida sobre la nieve, en el preciso instante que Enrique pasaba en su auto por aquellos sitios, recogióla amoroso y trasladóla a su magnífica casa.

Un poco despues, en el ambiente confortable del hogar de Enrique, Magda ya vuelta en sí oía admirada la relacion de él,

—...Y aquella noche cuando salí de casa la señora Clark, no llevaba más que planes de venganza en mi cerebro y una hoguera de odio en mi corazón... Pero mi amor por tí fué más fuerte que la venganza, y el odio... A pesar de todo, te quiero, Magda..., quizás te quiero, hoy, más que nunca.

¿Qué pasaba por el espíritu de Magda, comprendía ahora la magnitud del amor de Enrique?

Este seguía hablando...

—Yo volví a nuestra antigua casa. La señora Clark había muerto y tú parecías haber muerto, también, para mí...

Fué interrumpido el diálogo; Enrique comprendió que Miguel había llegado ya y escondiendo tras las cortinas a Magda, esperó a Miguel relampagueando en sus ojos la alegría...

—¿Ha encontrado usted el ángel? — preguntó sonriente.

—Sí, lo he encontrado...

Y la figura de Magda surgió de entre las cortinas... Sus ojos asombrados dirigieron elocuente pregunta...

—Soy yo, quien la ha traído aquí — contestó Enrique.

—¿De modo que usted sabía?

—En este asunto he estado siempre al corriente de la verdad.

—¿Entonces, por qué ocultó usted el juego?

—Porque esperaba que llegase el momento

de poder presentarle, para bochorno y remordimiento de usted, a la mujer y a la criaturita que usted abandonó.

La hermosa niña apareció ante ellos, preguntando ingénua:

—¿Por qué es este ruido? ¿Ha venido ya el Padre Noel?



...y Enrique y Magda se vieron premiados con las caricias de un ángel

¡Mira bien a esta niña! — ordenó Enrique, —Porque esta niña es su hija y nunca más la volverá a ver!

Magda angustiada le interrogó con lágrimas en los ojos...

—Sí, Magda... es tu hija!... Yo fui a buscarla en el Hospital y la adopté pensando

que algún día podría ser instrumento de mi venganza.

—¡Pero esa niña es mi carne, es mi sangre! — gritó Miguel,

¡Y usted la dejó miserablemente abandonada en medio de la calle! Le repito sus mismas palabras: «Ni su mismo padre podría quitársela»...

Miguel quiso abalanzarse a Magda y la niña, pero Enrique de un empujón lo evitó, y en el grado máximo de la cólera dijo:

—¡Si no fuera usted el padre de esta niña le trataría de otra manera!

—¡Bien! ¡Yo llevaré ese asunto a los tribunales!

—¡Y no conseguirá usted más que arrojar oprobio sobre su nombre y el de su madre!

—A pesar mío, sus razones me confunden, he de renunciar al cariño de mi hija.

Y partió Miguel con la única amargura de su vida, dejando el campo libre a la pareja honrada y digna que recibió como premio a tanto sacrificio, los cálidos besos de un ángel que dulcemente unió sus vidas, floreciendo el amor... Al fin pudo Enrique hacer justicia, en noche de gloria...

FIN